

FREY FRANCISCO GIL DE TABOADA Y LEMOS. UN MARINO ILUSTRADO EN PERÚ

José CERVERA PERY
General Auditor

Al subir nuevamente a ésta para mí, entrañable tribuna, me ocurre un poco lo que al equipo de fútbol que compite por los primeros puestos de la clasificación y conoce ya los resultados de los partidos jugados por sus competidores en el día anterior. La presión en ese caso y la responsabilidad es más apremiante y puede influir de algún modo en el desarrollo del encuentro.

Y es que tras las espléndidas conferencias de mis antecesores –Hugo O’Donnell, Antonio Gutiérrez Escudero, Bibiano Torres y Manuel Lucena–, el miedo escénico puede hacer mella en mis palabras que nunca estarán a la altura de las anteriormente pronunciadas. Pero el ver tantas caras amigas me anima y reconforta.

Voy a hablaros de uno de los personajes marinos más significativos del último tercio del siglo XVIII; el teniente general Frey Francisco Gil de Taboada y Lemos, gobernador de las Malvinas, virrey de Nueva Granada y Perú y ministro de Marina a su regreso a España, siendo, por tanto, uno de los hombres de gobierno de clara política que llevaron lejos de su tierra los avances de la Ilustración, mientras tantos puestos de mando eran ocupados por gentes foráneas desconocedoras de las realidades y posibilidades del país al que servían.

No siempre los investigadores han sabido ponderar el valor de las conductas en el contexto del espíritu de la época.

Sin embargo, los elogios que los historiadores peruanos han tributado al virrey español, tan depurados como imparciales, confirman la excepcional huella que dejó su paso por los territorios que le fueron encomendados, y de la que en buena parte habré de referirme a lo largo de esta conferencia.

Mi querido compañero Hugo O’Donnell, en su magnífica conferencia que abrió el ciclo, se refirió a la génesis y origen de los virreinos cuyo recorrido trazó de forma magistral.

Yo no voy a invadir este terreno tan bien abonado, pero sí quisiera antes de situar el personaje, hablar un poco de sus circunstancias, sobre todo en aquéllas que le depararon los virreinos de Nueva Granada y Perú en los que tanto enalteció su nombre.

Dios está en el Cielo; el Rey está lejos, y yo mando aquí.

Esta coplilla de tan escasos versos como elocuente contenido, podría dar muy buena idea de las ventajas que para los virreyes podían entrañar la distancia con la metrópoli y su incomunicación. No era, sin embargo, así; en la Corte se sabía todo cuanto pasaba en las Indias, desde el punto más alto de los Andes hasta las selvas más bajas amazónicas. El poder del Rey llegaba a todas partes; la lejanía era una ventaja pero también un inconveniente. La lejanía producía un cierto efecto de libertad que para los funcionarios que debían tomar decisiones importantes, pero también mostraban un inconveniente, porque su fallaban el castigo era impecable. Llegaría tarde, pero llegaba, porque nada escapaba al conocimiento del Monarca.

Si el *servicio del Rey* se cumplía sin fisuras, siempre podría venir de la Corte un nombramiento mejor, unos cuantos navíos repletos de alimentos, hombres y armas y quizás un blasón nobiliario. Generalmente se comenzaba como virrey de Nueva España o Nueva Granada, y se terminaba en el virreinato de Perú, que era considerado como un ascenso o recompensa a los buenos servicios, y éstos se tuvieron muy en cuenta a la hora de nombrar a D. Francisco Gil de Taboada en tan alto cargo.

Pero si se fracasaba o la gestión no era del agrado real, era imprescindible buscar en la Corte un amigo poderoso con la suficiente influencia para evitar la orden de regreso a España, donde podría esperar el presidio sin que se tuvieran en cuenta méritos anteriores. Los monarcas españoles nunca se excedieron en la concesión de prebendas o favores a los que conquistaron y gobernaron América. En perjuicio de España, nuestros reyes estuvieron siempre más pendientes de las cortes europeas que de lo que se hacía en el Nuevo Mundo. Es el reproche tantas veces formulado de la España que entregó su oro —el oro de América— para costear guerras en las que sólo podía perder hombres y dinero.

Lo increíble es que aquellos monarcas estuvieran siempre tan bien informados de cuanto acontecía en los territorios de Ultramar. El más insignificante chismorreó sobre un virrey, un arzobispo o un presidente de Au-

diencia era muy bien recibido en las Cortes por muy trashumante que ésta fuera y ya estuviera en Amberes, Viena o Valladolid. Las noticias llegaban siempre, y los españoles del otro lado del Atlántico pronto lo supieron. Por esto actuaban a sabiendas que todos sus actos eran medidos y contrastados por los funcionarios reales, dispuestos siempre a valorar a la baja los buenos servicios de los mandatarios españoles en Indias.

Los virreyes llegaban a su destino con los pliegos que contenían su nombramiento y el sello real. También con el pliego de providencia bien cerrado y bien lacrado. Este pliego sólo podía abrirse en caso del fallecimiento del virrey, por lo que le llamaban «pliego de mortaja», en el que se contenía el nombre del sucesor o funcionario que podría hacer de virrey interino. El cargo de virrey no podía estar nunca vacante. Si había sido trasladado o regresado a España, tenía que esperar la llegada de su sucesor. Si era cesado en el cargo, entregaba el mando al oidor de la Audiencia con más años en el cargo o también al arzobispo para que ocupara el sillón virreinal. Y muchos de estos arzobispos fueron excelentes virreyes, por que para la Iglesia nunca fue una carga el poder total en las Indias.

La complejidad de la administración borbónica creó una mentalidad realmente deformada del papel de sus miembros en América. La participación del Rey en la vida social americana marca una impronta de influencia cierta en el desarrollo de los negocios públicos y privados. Y en ello no pocas veces ponen el dedo en la llaga los marinos Jorge Juan y Ulloa en sus «Noticias secretas». Las vinculaciones virreinales establecerán provechosos contactos con la aristocracia, la burguesía y las altas clases dirigentes.

El virrey era el centro natural del funcionalismo administrativo y al mismo tiempo el eje en torno al cual se agrupaban como réplica cortesana todos aquellos que destacasen en su ámbito, ya fuese por rango burocrático, aristocrático o por sus riquezas. Sus facultades que en principio eran casi omnímodas fueron poco a poco limitándose, hasta que con la creación de los intendentes –nueva e interesante figura colonial típicamente borbónica y que también influiría de modo radical en la conciencia criolla–, se redujeron a tal extremo, que el segundo conde de Revillagigedo se lamenta en la instrucción secreta dejada a su sucesor «que se pospusiese de tal modo el poder ejecutivo al judicial».

Y sentadas estas premisas, para un más fácil entendimiento vayamos al personaje. Frey Francisco Gil de Taboada y Lemos era miembro de una familia gallega de ilustre linaje, entroncado con los Sotomayor, Lopes de

Vaamonde, Mosquera, Sarmiento, Roldán y Aguilar. Hermano suyo fue el procurador síndico de Santiago, D. Benito, primer conde de Taboada, y entre sus parientes próximos se encuentran dos famosos prelados, D. Felipe Gil de Taboada, que fue arzobispo de Sevilla, y D. Caetano de Barcia, obispo de Lugo y arzobispo de Santiago, cuyo nombre va unido, entre otras obras trascendentales, a las creaciones del arquitecto Fernando de Casas; la capilla de los Ojos Grandes y la fachada del Obradoiro de la catedral compostelana.

El biógrafo de D. Francisco, el emérito D. José Filgueira Valverde, no nos ha dejado un retrato físico de su figura, pero el capitán de navío Fernando González de Canales, en su monumental catálogo de pinturas del Museo Naval (tomo II) nos ofrece su retrato en un óleo sobre lienzo del pintor Julio García Condoy, posiblemente inspirado en el que existe en el Museo de Lima, Galería de Virreyes y Gobernadores de Perú, de pie y vistiendo el uniforme de teniente general, común al Ejército y la Armada, con la cruz bordada en la casaca y venera de la Orden de San Juan de Jerusalén prendiendo de una cinta negra. Su mano derecha coge el bastón de mando, la izquierda se apoya en su cintura, con su escudo de armas silueteado sobre un fondo de cortinajes. Su rostro es despejado, aunque la pintura haya sido ejecutada –en el sentir del crítico– con no muy buen oficio

Según costumbre de la época, al no ser primogénito, sino segundón, le esperaban la Iglesia, la mar o la Casa Real. Optó, sin embargo, por la Armada, a pesar de las influencias de sus parientes obispos, aunque sin renunciar ni a posibles beneficios eclesiásticos ni a los favores de Palacio.

El padre Crespo cifró su carrera naval en una brillante hipérbole al decir que navegó todos los mares de España y estuvo en todas las batallas navales de su tiempo. Al llegar a la máxima graduación –capitán general– su ascenso se realiza «al tiempo que el Rey nuestro Señor, premia el mérito de los combatientes de la escuadra del general D. Federico Gravina».

En el aspecto eclesiástico, el mismo año que ingresó en la Marina presentó documentadísimas pruebas para ser recibido en la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, en la que fue caballero profeso, baylío, comendador de Portomarín, legarteniente de León y Castilla y presidente de la Sacra Asamblea. De ahí el «Frey» que precede a su nombre en la documentación oficial.

Ya antes de ingresar en la Armada «corrió caravanas», es decir, tomó parte como meritorio en empresas corsarias o viajes comerciales pero su

carrera militar es un modelo de hoja de servicios. Veámosla en síntesis: el 27 de octubre de 1752, a los 18 años, edad un poco tardía en razón de su aprendizaje mariner, ingresó en la real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz. Dos años después, el 24 de diciembre de 1754, ascendía a alférez de fragata; en 1760 a alférez de navío y a teniente de navío en 1767, a capitán de fragata en 1770, a capitán de navío en 1776, y a brigadier en 1781 cuando tiene 48 años. Es teniente general en 1788, que es cuando rige como virrey en Nueva Granada y Perú, y alcanza el grado de capitán general siendo ministro de Marina en 9 de noviembre de 1805.

Estudiaremos ahora, con la brevedad y concisión que impone el caso, su trayectoria en sus más esenciales cometidos: como gobernador de las Malvinas, como virrey de Nueva Granada, donde permanece poco tiempo, y como virrey de Perú, contemplado en su doble dimensión de militar y de gestor ilustrado, creador e impulsor de la Lima moderna, y por último – aunque sea de pasada –, como ministro de Marina en la azarosa época de la guerra contra el invasor francés.

En su primer aspecto, Gil de Taboada, que había participado con el buque de su mando en la operación de expulsar a los ingleses de Puerto Egmont, es nombrado gobernador de Las Malvinas y su primera acción fue el reconocimiento de aquel puerto para comprobar si se habían retirado los ingleses según lo convenido, lo que practicó con el bergantín *Santa Paula*, cuyo capitán levantó los planos. La operación ofrecía el doble riesgo de un ataque y de que el bergantín naufragase, porque era inútil y no podía barloventear para resistir los duros vientos y gruesas mareas de esos parajes. Sin embargo la tarea fue realizada con pleno éxito, como años antes, y sin tener encomendado aún el gobierno de las islas, sino al mando de la fragata *Santa Rosa* había llevado a cabo reconocimientos de la costa norte del continente y, sobre todo, «una buena parte del estrecho de Magallanes», siguiendo las huellas de Sarmiento de Gamboa y los hermanos Nodales.

La exploración realizada por el virrey, con embarcaciones inadecuadas y en estación contraria, fue muy elogiada. Bucarelli escribía al ministro Arriaga ponderando la llegada de una de las embarcaciones que sacó de las Malvinas y forzada de los vientos entró en la desembocadura del río Paraná «con asombro de cuantos han entendido en este suceso».

Por necesidades de un mejor servicio a la Corona, aunque no era malo el que estaba haciendo en aquellas inhóspitas tierras australes, Gil de Taboada fue nombrado gobernador y capitán general del reino de Nueva Granada (la

actual Colombia), pero no ejerció el cargo más allá de siete meses, porque antes de llegar a la capital ya había recibido el nombramiento de virrey de Perú. Sin embargo, a pesar de la cortedad de su mando, fue suficiente para que dejase grata memoria, y para que cronistas como Posada Ibáñez lamentan que desgraciadamente fuese pasajero su gobierno.

Y llegamos al momento que más nos interesa en esta exposición: el de su mandato como virrey de Perú de tanto mérito y alcance y del que intentaremos dejar reflejado en sus rasgos más esenciales.

Gil de Taboada hizo su entrada solemne en Lima el 17 de mayo de 1790 y rigió el virreinato hasta el 6 de junio de 1796. La recepción suntuosa, como propia de su rango, fue descrita por el poeta Terrada y Landa en un folleto lleva el barroco título de *Alegría Universal. Lima festiva y encomio poético*. Pero retóricas aparte, con Gil de Taboada comienza a advertirse la influencia de la Ilustración en América, y a este carácter de su mandato corresponden los calificativos de «sabio y benéfico» que le aplica Ballesteros.

No obstante, antes de penetrar en el ámbito del marino ilustrado, hay que contemplarlo en su actitud militar enérgica y persuasoria. En continua guerra España contra Inglaterra, a Gil de Taboada le preocupa la frecuencia con que naves inglesas a partir del permiso que se les concedió para pesca de la ballena, han perdido el temor a la navegación por el cabo de Hornos y reconoce la necesidad de dominar ese paso, pues «debe hoy considerarse más inmediato el riesgo», y desde esta perspectiva el ilustre marino gallego piensa que será necesario para impedir una eventual presencia de escuadra extraña en el Pacífico sur «mantener perpetuamente en estos mares cuatro bergantines de guerra» para concluir «que puede formarse una escuadra de quince buques capaces de una defensa más que regular para eludir y aun castigar cualquier golpe de mano que intenten los enemigos por esta senda». No obtendría, sin embargo, los medios esenciales.

El talante del nuevo virrey se muestra enseguida en el estímulo dado a la fundación de periódicos que son los primeros que aparecen en América y al impulso de las academias. En la prensa, el virrey veía un baluarte de poder si era bien administrado, y de otra parte las tertulias y academias literarias repetían y emulaban los gustos de las cortes europeas.

Los periódicos fueron el *Diarios Erudito y Comercial de Lima*, que comenzó a salir el 1 de octubre de 1790, bajo la dirección de D. Jaime Bassate, el *Mercurio Peruano*, regido por D. Jacinto Calero y Moeira, y la

Gaceta de Lima que aparece en 1793. Ignoro si alguno de estos ejemplares sobreviven en las hemerotecas peruanas, pero sería interesante un estudio más a fondo sobre los mismos, que habrían de evidenciar el talante ilustrado de su impulsor.

Al salir el primero de estos periódicos, el virrey Gil de Taboada, ordenó que los archivos, establecimientos y oficinas nacionales entregasen los datos que les solicitasen y él mismo dio ejemplo «poniendo a disposición de los editores las memorias de los mandatarios que le habían precedido».

La *Guía de Perú*, de Cosme Bueno, se imprime por primera vez en 193, a impulsos también del virrey, que encomendó a Hipólito Unanue su revisión en otra nueva Guía que se imprimió a beneficio de la Casa de Expósitos y en sus talleres. El virrey la favorecía adquiriendo doscientos cincuenta ejemplares, de su propio pecunio

Mercurio y *Gaceta* fueron respaldados por sociedades académicas; la «Filopita» y la de «Amantes del País», que se reunía en la Universidad y de la que Gil de Taboada fue decidido protector.

Surgen, también a sus auspicios, otras academias de vida efímera, entre ellas una tertulia Poética, algunos de cuyos frutos se conocen por el *Mercurio*. Pero en ella no sólo se leyeron composiciones académicas de los vates limeños, sino que se comprendieron versiones de los clásicos. También el virrey Taboada logra la libertad de derechos para que los literarios introduzcan libros impresos en España, siempre que no afecten a las buenas costumbres o ataquen a la religión católica.

El gusto por las normas y el canon del neoclásico se manifiestan en los artistas que privan en Lima durante su mandato. Las construcciones peruanas se someten a los criterios de la Real Academia de San Fernando, y los edificios oficiales mantienen líneas «de razonable arquitectura».

El virrey Gil de Taboada impulsó también la terminación de la catedral de Lima, con la costosa y difícil remodelación de sus incompletas torres. El arzobispo se había dirigido al virrey solicitando que se realizase y planos y presupuestos fueron enviados para su aprobación en Madrid en 1794. El costo rebasaba los ochenta mil pesos pero el virrey no se paraba en cifras y aportó de su bolsillo las cantidades suplementarias que se le exigieron, y continuó con la grata tarea del embellecimiento de Lima.

El terremoto de 1794 dañó seriamente el suntuoso palacio de los virreyes, por lo que al reconstruirlo al gusto de la época se levantó la «Puerta de Honor». Rehizo el edificio de las Cajas Reales o Tesorería General; reparó

la secretaría de Cámara y mejoró el edificio de la Aduana. También en su tiempo, aunque proyectada con anterioridad, se realizó otra importante obra de vastas proporciones; la Dirección de tabacos de Chacarilla.

Como en la metrópoli, en Lima, la Ilustración se reflejó materialmente en la preocupación por la mejora del alumbrado y en los servicios de la limpieza. Vemos al virrey preocupado por la extinción de incendios trayendo de Europa bombas adecuadas. En su tiempo se produjeron la erupción del volcán Tutupaca, las devastadoras de la Lambayeque y los terremotos de 1794. Atender a reparar daños fue otra de las preocupaciones de nuestro ilustrado virrey.

Otro aspecto notable de sus tareas es el académico, ya que atendió a mejorar la Universidad de Lima, con sus colegios de Santo Toribio y San Marcos. En 1793 contaba con trescientos trece doctores, de ellos ciento veinticuatro teólogos, ciento setenta y dos juristas y solamente doce médicos y cinco maestros de artes, por lo que lo precario de los estudios de medicina le movió a crear la cátedra de Anatomía, que fue regida por uno de sus más destacados colaboradores, el doctor Hipólito Unenue, un médico humanista cuya contribución a la historia de Perú es tan valiosa. También la nueva reglamentación «ilustrada» del colegio de San Carlos, aprobada por el Rey, fue otro de los triunfos de Gil de Taboada y de los «Amantes del País», frente a conceptos anticuados.

Tiene cierta analogía con criterios actuales en la aplicación de recursos del juego, en especial los que provienen de espectáculos, la actitud del virrey respecto al destino de los ingresos del «Coliseo de Gallos», que producía siete mil pesos anuales. Fomentó su renovación, pero con asignaciones culturales como las de sufragar una cátedra en la Universidad de San Marcos; en cambio suprimió el juego de pelota, «por los abusos que en él de consentían».

Deben considerarse que los pasatiempos favoritos de la época, eran la equitación y las corridas de toros. En Lima esta afición trascendió rápidamente del nivel aristocrático a las clases sociales media y baja, y si bien no consta que Gil de Taboada fuera un forofó de la fiesta nacional, tampoco se opuso a ella como el virrey Berenguer de Marquina en México. Otro virrey, como D. Manuel Amat (1761-1777) fue decidido impulsor de las corridas y ayudó a que el alcalde de Lima, Agustín Hipólito, construyera la primera plaza de toros de América: la plaza del Acho limeña.

La creación de la escuela de Náutica es otra de las iniciativas trascen-

dentales de Gil de Taboada. Entre las funciones de esta academia tuvo trascendencia la de agrupar a capitanes y pilotos para que contribuyesen con sus observaciones, a la corrección de errores de las cartas de navegación y aportasen sus observaciones geográficas y astronómicas. No sólo la dote de biblioteca especialmente a obras referentes a Marina e Hidrografía, sino que abrió en ella venta al público de libros de esta materia.

También el virreinato de Gil de Taboada se distinguió por el mecenazgo tributado al cultivo de las ciencias. Durante su mandato llegó a Perú la famosísima expedición científica dirigida por Malaspina y Bustamante, que con las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* tuvo el encargo de dar la vuelta al mundo para situar geográficamente las posesiones de España en América. El virrey estuvo en todo momento al tanto de los resultados de la expedición, interesándose hasta en sus detalles pormenores. Pero en el campo de la investigación las jugosas páginas de la «Relación», de Gil de Taboada, sobre la Montaña Real y sus exploraciones o el descubrimiento y restauración de la ciudad de Osorno, son piezas antológicas en la geografía de los descubrimientos.

Fue también el virrey Taboada el primero que hizo formar y publicar el estado de matrimonios, nacimientos y entierros habidos en Lima. Pero lo más trascendental de su labor en el aspecto demográfico fue la realización del primer censo llevado a cabo con escrúpulo científico en el territorio de su mando. Se computó una población de 1.300 habitantes en la demarcación peruana y 3.500.000 en todo el virreinato. La capital tenía entonces solamente 53.000 vecinos, una mitad de españoles, la otra de indios, negros y mestizos.

Aparte del impulso dado a los estudios anatómicos, a Gil de Taboada se debe la formación de una Junta de Sanidad para el estudio de las epidemias y de los posibles medios de prevención. A su llegada encontró los hospitales limeños en «decadencia vergonzosa» y emprendió una racional reforma, mejorando ampliamente sus dotaciones. A los tres meses de su toma de posesión, emprendió la reforma del régimen hospitalario refundiendo y mejorando instituciones. Se beneficiaron de esta actividad los de San Andrés, San Lázaro y San Bartolomé, especialmente dedicado a negros y mulatos. Un hospital fundado en 1792 lleva el nombre de «Gil de Taboada» como signo de gratitud.

En el aspecto militar hubo de adoptar eficaces medidas que defendiesen el litoral, especialmente ante posibles ataques de la flota francesa, y en

su «Plan de defensa de las costas de Perú» muestra su competencia en temas estratégicos y de Marina. Preparó también otro estudio especial para El Callao y Lima; reorganizó hábilmente el Ejército, mejoró las fortificaciones de Chiloé, Guayaquil, Valdivia y Panamá, y logró incorporar a su flota dos bergantines de guerra de significativos nombres: *Peruano* y *Limeño*.

Hombre austero y de acrisolada honradez, el virrey Gil de Taboada redujo el fasto virreinal, vistió con sencillez, cercenó gastos superfluos, y combatió la ostentación en que rivalizaban los poderosos. Su afán de restringir dispendios no siempre fue bien interpretado. Mendiburu pone a sus elogios un contrapunto de censura, cuando alude «al empeño que le dominaba de practicar economías que por su nimiedad, excedían de los límites de lo razonable, achaque muy común en los españoles naturales de Galicia».

En la desarrollada Lima de Gil de Taboada y Lemos, se mezclan pasiones, politiqueos, intrigas y negocios en la geometría no siempre correcta de las calles y casas, pero se marca sobre todo esa inquietud cultural, ese impacto ilustrado que el virrey proyecta con fuerza en sus acciones. Las calles de la ciudad ostentan en sus esquinas, con los gruesos caracteres del siglo XVIII en placas de barro vidriado los nombres con que habían sido bautizadas. Las aguas de lluvia resbalaban hacia el Rimac presentando un marcado declive con grandes diferencias entre calle y calle, mientras que los pavimentos eran incómodos para peatones, jinetes o carruajes. Ello no es óbice para que en esa época circularan por Lima más de mil calesas, unas de auténtico lujo y otras más funcionales, lo que es advertido por Felipe Bauzá, marino español de la expedición malaspina, que hace en sus apuntes el siguiente comentario, y que ha sido recogido por el historiador peruano Ricardo Catuarias en un espléndido trabajo en la Pontificia Universidad Católica de Perú. Dice así Bauzá:

«Para que nada falte a la decencia y ostentación con que procuran portarse las familias más distinguidas de aquella capital (Lima) usan también coche a la europea pero la mayor parte se sirve de calesas que se diferencian de las nuestras en que su caja es cerrada con asientos en ambos testeros a la manera de berlina, tiradas por una mula sobre la cual va montada el calesero y a la zaga un lacayo. Concurren en estos carruajes a los paseos públicos y en ellos se conoce bien el carácter de presunción de todos los limeños».

Y atención al trazado sociológico del marino:

«Confúndese frecuentemente el arte sano con el poderoso; cada uno procura igualar al de más alta jerarquía y como es consiguiente, cuando el lujo ha subido a tal punto, reina mucho el capricho en esta clase de diversión. Se tiene indecoroso presentarse a pie en el paseo y muchas personas se ven obligadas a mantener calesa, aún a costa de sus pocos medios económicos, por no apartarse de los principios de opinión. Así que se consideran en Lima por un cálculo juicioso más de dos mil carruajes de esta clase».

No regatea tampoco Bauzá los elogios al componente urbano de la ciudad que moldea y define el talante ilustrado de Gil de Taboada: «Decoran y hermocean aquella gran capital varios paseos públicos compuestos de calles de altos sauces y naranjos con fuentes de bronce. Cada alameda consta de dos calles para coches y dos intermedias para personas. La alameda (debe ser la de los Descalzos) que es el más suntuoso de todos los paseos, es también el más concurrido y en la estación del año de San Juan a San Miguel, el cerro de los Amancaes, situado al norte de la población y a corta distancia de ella, en cuyas colinas y faldas nacen y se crían una flores amarillas que le dan nombre y le cubren a manera de extendida alfombra. Concurren allí los limeños a divertirse, a almorzar y a merendar. Mucha gente va a caballo y en este variado cuadro se ve pintado en colores bien vivos el tipo del limeño. Al son de una guitarrilla y de unas coplas mal cantadas, bailan retozando y aparecen como desterradas de su espíritu las taciturnas ideas del mediterráneo europeo

Y en 1793, a los tres años del comienzo del mandato de nuestro virrey, D. José Rossi y Rubí anota en el *Mercurio peruano*:

«El Paseo más considerable y de asistencia casi precisa, es el de la Alameda de los descaltos, los días domingo y especialmente el de Año Nuevo, con motivo del Paseo (y Reyes), del Paseo de Alcaldes, y el 2 de agosto, por el Jubileo de la iglesia inmediata de los Recoletos franciscanos. La multitud de coches y calesas, la diversidad de sus colores y estructura, el aseo del traje de los sujetos ilustres que concurren, la finura de las Madames que lo hermocean, todos estos objetos contribuyen a hacer muy agradable esta especie de espectáculo público. Sólo el capricho lo embaraza algún tanto. Aquella precisión de mantenerse en calesa mirándose la cara unos a

otros, y la costumbre de no poder presentarse a pie, sin chocar con los principios contrarios de la opinión (etiqueta), son unas violencias insufribles especialmente para quien no tiene carruaje. Tal cual, ya se empiezan a conocer estos prejuicios y a sacudirlos. La alameda de Piedra es solitaria, y por lo mismo destinada para los filósofos cogitabundos. La frondosidad de los árboles que la rodean, su agradable sombra, la inmediatez del río, la vista de todo el amenísimo valle de Lurigancho, la perspectiva de la ciudad inmediata, el paisaje que forman las charcas de la orilla opuesta no sólo lisonjean los ojos, sino también un dulce entusiasmo, y elevan el espíritu hasta la meditación del Supremo Creador de la Naturaleza».

Otro cronista ocasional, Emilio Hart Terret, se refiere también al aspecto de la vida urbana en la Lima ilustrada de Gil de Taboada: «Cuando el toque de queda señalaba el fin de la jornada matutina otros elementos poblaban las calles de la ciudad; el sereno encendía los faroles del alumbrado en las calles céntricas; el carro nocturno recogía los restos de las pestilentes mercancías, mientras que el Rosario de las Ánimas salía de las iglesias al son de las campanillas de los monaguillos. Era éste el momento propicio para las aventuras galantes, cuando caballeros embozados “se salían por las paredes” (entrecomillado) para acudir a la amorosa cita o requebrar en la ventana a la dama que en el paseo vespéral le había mirado con buenos ojos. Era también el momento aprovechado por el pueblo para exteriorizar su pensamiento a través de pasquines satíricos, que quedaban pegados en las esquinas, generalmente dirigidos contra los virreyes o personas de alto rango».

Todavía conserva Lima, en su parte antigua, todo el encanto de su pasado colonial en sus calles y plazas limitadas por los inmensos muros de los conventos; los atrios de los templos o las presuntuosas fachadas de las casas, con sus nichos de santos, sus leyendas religiosas, y algunas conservando en sus barrocas fachadas el orgullo de su linaje –coló la increíble balconada de Torre-Tagle– esculpida en piedra o tallado en las hojas de las puertas, herradas y adornadas con aldabones preciosamente forjados. Las ventanas estaban adornadas con rejas salientes, barandales de hierros y cerrados moradores de cristales sostenidos con marcos de plomo y cubiertos de tejadillos. Fuentes públicas con amplios surtidores completaban y enriquecían esta escenografía urbana.

No se trataba ciertamente de un espíritu cicatero, sino de un hombre

que velaba por la honestidad de la función pública. «Bien conozco –decía en 1796–, que si no reina la buena fe en los ministros principales y administradores de las rentas, presta bastante campo al ingenio superior de la codicia para malversar la Real Hacienda en provecho propio. Varios son los medios para ejercitarla, cuando, corrompida la integridad, degenera en criminal el procedimiento». Un ejemplo de su honradez: en el quinquenio 1790-1794, España recibió del virreinato cerca de 24 millones de pesos y más de cuatro en frutos. La Casa de la Moneda de Lima acuñó unos 28 millones. Al cesar dejó en Caja a su sucesor 3.500.000 pesos en efectivo y más de 9.500 onzas de mercurio. En el aspecto administrativo incorporó a Perú la provincia de Puno al lado del lago Titicaca, con sus ricos mineros.

Muchos son todavía los aspectos de la acción virreinal que pudieran citarse pero que alargarían necesariamente el ámbito de esta comunicación. El alivio de los presos de las cárceles reales, con visitas semanales, interesándose también en la celeridad de la tramitación de causas; la vida religiosa y conventual, cooperando a una nueva reforma que se hacía imprescindible en muchos casos, y sobre todo la preparación cuando iba a cesar en el cargo de virrey, de una documentadísima «Relación» para orientar a su sucesor D. Ambrosio de O’Giggins, que llegaba al cargo tras una trabajosa ascensión en una vida realmente novelesca. El largo escrito lleva fecha de 6 de junio de 1795. Es un documento ejemplar por su rigor, la amplitud, los copiosos datos e incluso por su estilo. Lleva como apéndice treinta y seis estados o documentos y va ilustrado con curiosísimos dibujos de indios de distintas tribus y con un plano general de Perú.

«Si no he acertado en cuanto he promovido para su prosperidad, será porque no siempre un jefe puede descubrir la verdad cuando se presenta bajo diferentes aspectos o por las rémoras que se oponen continuamente a sus buenos designios. V.E., teniendo quizás menos embarazos, podrá con su alta comprensión y superiores luces proporcionarle a Perú más sólidas ventajas»

Los juicios sobre la personalidad de Gil de Taboada, que siempre dio más importancia a su virreinato de Perú que al nombramiento de ministro de Marina a su regreso a España, son muy favorables con rara unanimidad. Y como para muestra basta un botón, recogemos tres elogios sobre su persona correspondiente a tres historiadores hispanoamericanos. Así, Córdoba

Urrutia afirma «que su gobierno se pudo tener como el más dichoso de Perú, pues se protegieron todas las ciencias y se hicieron grandes descubrimientos a favor del género humano». «Hombre de gran talento –dice Hernández Alonso– dedicose preferentemente al estudio del país y sus habitantes». «Abrió en Perú una ancha senda de esperanza con sus meditadas disposiciones orgánicas, dirigidas al general mejoramiento de todas las ramas del público interés» (Mendiburu).

Y ésta ha sido, a grandes rasgos, la semblanza histórica del baylío frey Francisco Gil de Taboada y Lemos, un virrey ilustrado de Perú, que unió a la condición de hombre de bien el ilustre rango del que fue investido. Ejemplo y honra de nuestros capitanes generales de la Armada.